

Homilía de Vigésimo noveno Domingo del Tiempo Ordinario

Año litúrgico 2008 - 2009 - (Ciclo B)

“¿Sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber?”

Introducción

Celebramos hoy la vocación misionera y universal de la Iglesia que somos, el día de las misiones, tradicionalmente conocido como el Domund, cuyo sentido consiste en recordarnos que los trescientos sesenta y cinco días del año son para los cristianos tiempo de misión. Y esto es así no de forma secundaria, tangencial o derivada, sino de forma esencial para nuestra fe y para nuestra condición eclesial: la razón de ser de la Iglesia es continuar la misión de Jesús con el objetivo final de anunciar a toda persona su evangelio.



Fray Javier Martínez Real
San Gerónimo - Rep. Dominicana

Lecturas

Primera lectura

Lectura del Profeta Isaías 53, 10-11

El Señor quiso triturarlo con el sufrimiento, y entregar su vida como expiación: verá su descendencia, prolongará sus años, lo que el Señor quiere prosperará por su mano. Por los trabajos de su alma verá la luz, el justo se saciará de conocimiento. Mi siervo justificará a muchos, porque cargó con los crímenes de ellos.

Salmo

Sal. 32, 4-5. 18-19. 20 y 22 R/. Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti

La palabra del Señor es sincera, y todas sus acciones son leales; él ama la justicia y el derecho, y su misericordia llena la tierra. R/. Los ojos del Señor están puestos en quien lo teme, en los que esperan su misericordia, para librar sus vidas de la muerte y reanimarlos en tiempo de hambre. R/. Nosotros aguardamos al Señor: él es nuestro auxilio y escudo. Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta a los Hebreos 4, 14-16

Hermanos: Ya que tenemos un sumo sacerdote grande que ha atravesado el cielo, Jesús, Hijo de Dios, mantengamos firme la confesión de fe. No tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino que ha sido probado en todo, como nosotros, menos en el pecado. Por eso, comparezcamos confiados ante el trono de la gracia, para alcanzar misericordia y encontrar gracia para un auxilio oportuno.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según San Marcos 10, 35-45

En aquel tiempo, se acercaron a Jesús los hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, y le dijeron: «Maestro, queremos que nos hagas lo que te vamos a pedir». Les preguntó: «¿Qué queréis que haga por vosotros?». Contestaron: «Concédenos sentarnos en tu gloria uno a tu derecha y otro a tu izquierda». Jesús replicó: «No sabéis lo que pedís, ¿podéis beber el cáliz que yo he de beber, o bautizaros con el bautismo con que yo me voy a bautizar?». Contestaron: «Podemos». Jesús les dijo: «El cáliz que yo voy a beber lo beberéis, y seréis bautizados con el bautismo con que yo me voy a bautizar, pero el sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo, sino que es para quienes está reservado». Los otros diez, al oír aquello, se indignaron contra Santiago y Juan. Jesús, llamándolos, les dijo: «Sabéis que los que son reconocidos como jefes de los pueblos los tiranizan, y que los grandes los oprimen. No será así entre vosotros: el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor; y el que quiera ser primero, sea esclavo de todos. Porque el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por muchos».

Pautas para la homilía

¿Sólo para foráneos?

Probablemente todavía sucede que asociamos el día del Domund con rostros exóticos y culturas lejanas, como si el terreno de misión se encontrara sólo más allá de nuestras propias vidas y de nuestras respectivas sociedades. Eso tiene la ventaja de que nos permite considerarnos sujetos de la evangelización, no

destinatarios de la misma, y exentos de la siempre necesaria conversión. ¡Lástima que sólo se trate de un espejismo!

El realismo más elemental –suele ser una pista segura hacia la humildad– nos obliga a considerar que, por más que seamos cristianos viejos, seguimos resistiéndonos a permitir que amplias zonas de nuestras propias vidas personales se empapen de evangelio. En lo que a mi sociedad dominicana respecta (cada cual juzgará acerca de la suya), también ella está necesitando el aire fresco del evangelio para replantear su relación con la transcendencia, con los más débiles, con los extranjeros, con los pueblos aún más pobres. Necesitamos redescubrir a Jesús.

Digamos, por lo tanto, que la creencia y la incredencia no se encuentran separadas por ninguna frontera; o, si tal frontera existiera, que atravesía el corazón mismo de nuestras vidas y de nuestras sociedades. "Mantengamos la confesión de fe", exhorta hoy en la segunda lectura el autor de la carta a los Hebreos. Vale para todos y cada uno de nosotros en todas y cada una de las ocasiones en que la abandonamos.

Un aliento de universalidad.

Es cierto, sin embargo, que este día de las misiones nos trae un aliento de universalidad, invitándonos desbordar nuestros estrechos horizontes locales y a pensar en términos mundiales. El Domund viene a recordarnos que por todo el mundo están repartidos esos hombres y mujeres esforzados –solemos llamarlos misioneros– que han puesto enteramente su vida al servicio de la tarea evangelizadora que nos corresponde a toda la Iglesia.

Hombre y mujeres que se afanan por extender el conocimiento de –y el amor a– Jesús, el "Evangelio de Dios", como decía Pablo VI en *Evangelii nuntiandi*.

Hombres y mujeres que, renunciando a la lógica del poder contra la que nos alerta severamente el pasaje evangélico de este domingo, están prolongando el servicio realizado por Jesús a cada uno de sus hermanos.

Hombres y mujeres que a veces llegan a pagar incluso con sus vidas la pasión de decir a los más necesitados el evangelio que libera y que restituye a todo ser humano en la dignidad de los hijos de Dios.

Hombres y mujeres que, como Jesús, enseñan, curan o multiplican panes: enseñan con sus centros educativos; curan con sus programas de salud; multiplican panes con sus proyectos de desarrollo económico.

No héroes, sino hermanos.

Vale la pena insistir en que esos hombres y mujeres no actúan por cuenta propia, sino como miembros que son de la Iglesia, la comunidad a la que Jesús ha encomendado la tarea de la evangelización. Actúan en nombre nuestro y, en última instancia, en el de Jesús. Por eso, no es en absoluto exagerado decir que deberíamos sentir en carne propia sus alegrías y sus angustias, sus éxitos y sus fracasos.

A veces su comportamiento llega a resultar extremadamente valiente, pero no son héroes. No pertenecen a un linaje diferente del nuestro, sino que son sólo hermanos nuestros enormemente generosos. En una ocasión leí algo aproximadamente así: "Cuando alguien te llama héroe eso significa que está a punto de dejarte solo". Es verdad que llamar a alguien héroe es atribuir una serie de rasgos sobrehumanos a su personalidad y a su conducta, ajenos al común de los mortales y para los cuales, por lo tanto, no se puede contar con nosotros; equivale, en ese sentido, a dejarle solo.

Pues bien, los misioneros no son personajes mitológicos, sino hermanos nuestros que, entre luces y sombras y en medio de sus debilidades, asumen personalmente el encargo que a todos los suyos nos dejó Jesús: "Id y haced discípulos de todos los pueblos" (Mt 28,19). No merecen ser dejados en la soledad de los héroes. Conservémoslos en la comunidad de los cristianos.

Mejor testigos que doctores.

En una o en otra tierra, para los que llamamos "misioneros" o para cualquier cristiano que tome en serio la misión recibida de Jesús, sigue valiendo la sabia observación de Pablo VI: "El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio". En la coherencia nos la jugamos.



Fray Javier Martínez Real
San Gerónimo - Rep. Dominicana

Evangelio para niños

XXIX Domingo del tiempo ordinario - 18 de octubre de 2009



La petición de los hijos de Zebedeo

Marcos 10, 35-45

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo se acercaron a Jesús los hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, y le dijeron: - Maestro, queremos que hagas lo que te vamos a pedir. Les preguntó: - ¿Qué queréis que haga por vosotros? Contestaron: - Concédenos sentarnos en tu gloria uno a tu derecha y otro a tu izquierda. Jesús replicó: - No sabéis lo que pedís; sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber, o de bautizaros con el bautismo con que yo me voy a bautizar? Contestaron: - Lo somos. Jesús les dijo: - El cáliz que yo voy a beber lo beberéis, y os bautizaréis con el bautismo con que yo me voy a bautizar, pero el sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo; está ya reservado. Los otros diez, al oír aquello, se indignaron contra Santiago y Juan. Jesús, reuniéndolos, les dijo: - Sabéis que los que son reconocidos como jefes de los pueblos los tiranizan, y que los grandes los oprimen. Vosotros, nada de eso; el que quiera ser grande, sea vuestro servidor; y el que quiera ser primero, sea esclavo de todos. Porque el Hijo del hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por todos.

Explicación

También entre los seguidores de Jesús había algunos ambiciosos que esperaban ocupar al lado de Jesús lugares de poder. De ellos nos habla por ejemplo el Evangelio de hoy. Son los hermanos Santiago y Juan. Pero Jesús les ayuda a dejar poco a poco esas intenciones y acoger otras mejores que ocupen su corazón: compartir con él la vida, estar juntos en todo momento, ayudarse en situaciones difíciles, apoyarse cuando estén tristes y sobre todo, entregar la vida por lo demás.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

NARRADOR: Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, se presentaron a Jesús y le hicieron una petición:

SANTIAGO: Maestro, queremos que hagas lo que te vamos a pedir.

JESÚS: ¿y qué queréis que haga?

JUAN: Concédenos sentarnos en tu gloria, uno a tu derecha y otro a tu izquierda.

JESÚS: No sabéis lo que pedís.

SANTIAGO: ¿Por qué?

JESÚS: ¿Sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber?

JUAN: Sí, lo somos.

JESÚS: El cáliz que yo he de beber lo beberéis, pero el sentarse a mi derecha o a mi izquierda, está ya reservado.

NARRADOR: Los otros diez, al oír aquello, se indignaron contra los dos hermanos:

DISCÍPULO 1: Os lo merecéis por abusones.

DISCÍPULO2: Ahora no os sentaréis ni a la derecha ni a la izquierda de Jesús.

JESÚS: ¡Basta ya! Callaos y escuchad. Los jefes de los pueblos los tiranizan y los grandes oprimen a los pequeños.

DISCÍPULO 1: Siempre se ha hecho así.

JESÚS: Pues vosotros no debéis hacerlo.

DISCÍPULO 2: Entonces, el que quiera ser grande...¿Qué debe hacer?

JESÚS: Será el servidor de los demás.

DISCÍPULO 1: ¿Y el que quiera ser el primero?

JESÚS: Será esclavo de todos.

DISCÍPULO 2: Maestro, cada vez lo pones más difícil.

DISCÍPULO 1: A nadie le gusta ser servidor y esclavo de los otros.

JESÚS: Miradme a mí, no he venido para que me sirvan.

DISCÍPULO 2: ¿Y para qué has venido, Maestro?

JESÚS: He venido para servir y dar mi vida en rescate por todos.

NARRADOR: Así terminó Jesús la jornada aquél día con sus discípulos.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández